

## **EL ROL DE LOS INTELLECTUALES EN LOS PROCESOS DE CONCERTACIÓN POLÍTICA<sup>1</sup>**

Alejandro Oropeza González\*  
USB

La asunción de responsabilidades por parte de los intelectuales, en los procesos políticos a los que asiste la sociedad venezolana de hoy implica, primeramente, la definición de los extremos que articulan la relación, a saber: a quiénes debemos considerar como intelectuales; y, qué supone la concertación política como mecanismo inherente al sistema democrático.

Así, entendemos que la concertación, según el DRAE<sup>2</sup> (1984) está asociada a identidad de fines y/o propósitos, cosas diversas e intenciones diferentes; lo que traducido al ámbito político implica la construcción de consensos y de viabilidad para acuerdos, reconociendo las diferencias que, lógicamente, siempre existirán entre las partes involucradas. De allí que los procesos de concertación siempre se contextualizarán en el ámbito de la democracia. Democracia que entendemos soportada por el valor fundamental de la tolerancia, además de aquellos de no violencia; renovación gradual de la sociedad y la fraternidad (Bobbio, 1992).

En lo que respecta a los intelectuales, es necesario entender el concepto en sentido amplio como un espectro operativo que debe traducir acciones. Son ellos los que generan parte de los insumos sobre los que se conforman y desarrollan los capitales culturales que sirven de fundamento a los contenidos simbólico-identitarios, tradicionales, históricos y axiológicos de la sociedad toda, por lo tanto su acción expresa las realidades contextuales de esa sociedad en la cual actúan.

Emergen, los intelectuales, en momentos de crisis, como la conciencia crítica de la nación, constituyéndose en los reservorios de los valores histórico-culturales legítimos del pueblo entendido como un todo. Esta acepción activa

---

<sup>1</sup> Ponencia presentada en el "Foro Venezuela: Políticas para una nueva sociedad", IIES/FACES/UCV, Caracas, julio 2007.

\* [oropezausb@gmail.com](mailto:oropezausb@gmail.com)

<sup>2</sup> Diccionario de la Lengua Española.

responde a aquella crítica formulada por Edward W. Said (2005) al definir a los intelectuales (humanistas) como representantes de las áridas humanidades académicas, los cuales no han hecho otra cosa que representar ante el mundo una actitud apolítica y apartada de la realidad, cuando no hasta manipuladora. Así, la legítima preocupación de las humanidades, para este autor, debe estar sentada en la investigación crítica de los valores, la historia y la libertad.

De esta manera, el centro de atención de los intelectuales activos, dentro de una renovada concepción de humanismo, ha de ser la diversidad, puesto que uno de los elementos claves característicos de toda cultura libre es que posee una veta poderosa de radical y antiautoritario disenso. ¿El medio? El cuestionamiento, la impugnación y la reformulación permanente de lo que se pretende presentar como certezas acríticamente codificadas, cuando esto sucede la cultura tiende a momificarse en cultura oficial, cultura de Estado, convirtiéndose en instrumento de represión y culto.

El humanismo de hoy, las humanidades críticas, deben resolver sus problemas fundamentales: la relación humanismo-élites selectas; la oposición entre lo tradicional y lo nuevo que vivimos; y, la circunscripción a cánones predeterminados y absolutos. Una vez superados estos escollos de acción su propósito ha de tender al sometimiento de estudio crítico de amplios y diversos temas, y de las erróneas interpretaciones del pasado y del presente colectivos.

El rol de los intelectuales puede ser caracterizado, descrito y apreciado desde diversas perspectivas temporales que hemos identificado con la posición de tres autores. Desde la perspectiva de entender la responsabilidad de los intelectuales hacia el **Futuro** Julián Benda (1980) en "*La traición de los intelectuales*" es quien primero afirma que éstos deben enfrentarse a las pasiones colectivas de la masa y no transigir demagógicamente con ellas, así exige su rol activo en el sombrío panorama de la Europa de 1927. Según Mauro Armiño (2005), Benda caracterizaba al intelectual como alguien comprometido con la verdad, la justicia y la razón, dejando de lado el hecho de que es la definición de estos valores y no su acción, lo que estuvo, está y estará trágicamente en juego.

En "*Orígenes del totalitarismo*" Hannah Arendt (2004), desarrolla un estudio monumental en donde el rol del intelectual es comprendido desde una perspectiva analítica-histórica, referida entonces al **pasado**. Al apreciar la emergencia de panmovimientos que conducen a los nacionalismos tribales, advierte Arendt que la iniciativa se ubicaba de manera exclusiva en el populacho que era conducido (como siempre) por un cierto tipo de intelectuales, a quienes, igualmente, se les asigna una responsabilidad capital al entender su compromiso histórico con lo que sucedía en Europa. Así, la acción y compromiso de los intelectuales requie-

re un piso conceptual sobre el que desarrollar su papel, pero, ¿Quién sino el intelectual está llamado a elaborar operativamente tales conceptos?

Por último Edgar W. Said, fundamentalmente en "*Crítica al humanismo*" (2006), y en "*Reflexiones sobre el exilio*" (2005), viene a reclamar del intelectual un compromiso con el **presente**, entendiendo el presente como problema, en sentido siguiente: es necesario crear el presente en una sociedad en crisis o en peligro, lo que supone una batalla por el restablecimiento de la continuidad histórica contra quien niega o pretende la reinterpretación del pasado, por la cicatrización de las rupturas y divisiones y, lo fundamental, por la forja de una posibilidad histórica, ajena a ese futuro mesiánico, perfecto y homogéneo que persiguen los dominantes.

El papel del intelectual, desde esta perspectiva es articular el presente en términos históricos y realistas cuando se amenaza con destruirlo. El camino es biforme: una vía, salvaguardar y defender los valores que definen a la sociedad a lo largo del tiempo; la otra, facilitar los procesos de concertación política en el centro de la problemática que pretende que la sociedad no vea el presente, sino sólo el pasado reinterpretado y el futuro manifiesto y brillante, las edades de oro. Esta perspectiva, la del presente, orienta la propuesta presentada.

Pensamos, entonces, en el intelectual como un veedor crítico del presente, esta posición trasciende la mera crítica señalada, por cuanto ha de advertir en el presente los elementos que ponen en peligro al futuro y actuar. La crítica, sin embargo, es el punto de partida y la columna vertebral de la acción, entendida como forma de libertad democrática y como ejercicio de continua puesta en cuestión y acumulación de un conocimiento útil y abierto a las realidades históricas que constituyen el mundo; no uno que niegue lo anterior, ni perciba indolentemente el presente. De esta manera, siguiendo a Edward Said (1996, 2006) la función del intelectual no se constituye en consolidar y afirmar una verdad, tradición, sobre todas las demás, no; su función es abrir y exponer a la luz tantas verdades como sea posible, diseñar los insumos del consenso y la concertación y verificar cómo interactúan múltiples y cambiantes tradiciones.

Entonces, en una situación de normalidad democrática, en donde los procesos tienden a "rutinizarse" (Del Águila, 1997), en tanto se experimentan mecanismos de consolidación democrática, la acción del intelectual puede ser bien activa o bien distante; su rol es un rol crítico analítico, opuesto, en oportunidades, a la evolución política de gobiernos, revisor más no cuestionador del sistema democrático y de sus instituciones, quizás generando culturas de oposición (Oropeza, 2007).

En ese contexto su rol es marginal en la generación de consensos o de construcción de concertaciones políticas; pocas veces será exigida o reclamada su presencia activa y comprometida en estos casos, lo que no lo excluye, lógicamente, de la diatriba. Él, en esta realidad, en definitiva puede ser o no un actor político, o serlo de manera circunstancial. Es de advertir que este proceso de consolidación, de avance democrático la sociedad no está dividida, no está fracturada.

La situación se complica cuando los elementos que definen el presente político son problemáticos para la práctica democrática, de decir, cuando se inicia un proceso de transición de autoritarismos a democracias; o, cuando estando en una democracia, tenemos al frente la realidad de estrategias orientada a articular procesos de transición en negativo, de democracias hacia autoritarismos de cualquier tipo.

Es en una realidad como la descrita en el párrafo previo, cuando el rol y la responsabilidad del intelectual emergen en toda su dimensión, en función del presente. ¿Por qué? Porque deben asumir la salvaguarda, protección y difusión de los valores que definen a la sociedad democrática; han de ser representación y expresión de la conciencia nacional, propagando las inquietudes de la sociedad, sus frustraciones y los anhelos de libertad; deben oponerse a la cultura oficial discriminante (cultura de masas: patrioter, presidida por la intolerancia y el odio) patrocinada por el Estado, dirigiendo los procesos constitutivos de la contracultura y la cultura de resistencia, manteniendo vivos y expresando la conciencia libre de la sociedad. Pero, en este contexto problemático y real, su actividad trasciende lo cultural y toca de lleno a lo político, por lo que se transforma en un actor político de primera línea, con responsabilidades capitales en los procesos de concertación y consenso que tiendan hacia la reconstrucción de la democracia.

En el contexto problemático y real referido, las prácticas de concertación y consenso democrático están en crisis y con grandes posibilidades de ruptura entre los actores políticos en oposición, ello en atención a que el oponente opo- sitor al poder se transforma en enemigo, desapareciendo las arenas, los centros políticos en donde los opuestos puedan coincidir a resolver diferencias. Estamos frente a una sociedad fracturada y dividida políticamente, en donde hace su aparición la "masa", el "populacho" que apoya ciegamente a los líderes en el poder. Ese populacho que según Hannah Arendt (2004) siempre gritará a favor del hombre fuerte, del gran líder.

Entonces, el intelectual debe salir de su esfera de acción privada y distante, y asumir una función y responsabilidad pública, más allá de la academia, en y fuera de la universidad y de los ámbitos de creación en los cuales, para Edward Said, el discurso intelectual es hermético y vacío de combatividad, saturado de jerga y poco peligroso, por escaso de amenaza. Lo que significa que en estas

situaciones de peligro para la libertad y la democracia, deben emerger los rasgos antagónicos típicos que no son otros que decirle la verdad al poder supremo; dar fe de la persecución, el sufrimiento y la injusticia para con el pueblo; alzar fuerte las voces de disenso en los conflictos cada vez más presentes con la autoridad; y construir consensos y concertaciones entre los diversos actores al margen del poder.

Todas las características de estas situaciones de peligro para la libertad y la democracia traducen y reflejan un vacío moral que expresa a una clase política incompetente en el pasado y en el presente confuso, en esa realidad se busca al intelectual como guía, como líder a quien se debería escuchar, en oposición a la autoridad ilegítima y a la clase política incompetente; esto, aún cuando el gobierno autoritario sea proclive a comprar intelectuales lame botas y convertirlos en sus portavoces.

Entonces, en conclusión, ¿Cuál es la función del intelectual?:

- Oponerse y desafiar tanto el silencio, la censura y la autocensura impuesta, la calma chicha de los poderes en la sombra
- Diseñar y diseminar instrumentos de defensa social, contra la dominación simbólica que descansa sobre la autoridad y los llamados a la unidad, el orgullo, el destino manifiesto, la historia y las tradiciones nacionales, con el fin de obligar a las personas a someterse
- Definir la situación
- Discernir posibilidades de intervención activa (el intelectual como vigía)
- Reconocer a quienes trabajan en un proyecto común y construyen consenso en la resistencia con los factores dominados.

Todo ello con el objetivo y fin de que los procesos de concertación y consenso político protejan a la sociedad de la desaparición y/o reinterpretación dominante del pasado y enfrentarse así, a la reformulación ideológica de la tradición y la construcción de distorsiones simplificadas de la historia. Deben diseñar estrategias a fin de representar las tradiciones alternativas de la historia diferentes a la que tratan de imponer la memoria oficial y la identidad y la misión nacionales. Y, finalmente construir con el fruto del trabajo intelectual campos de coexistencia en lugar de campos de batalla.

## REFERENCIA BIBLIOGRÁFICAS

- Arendt, Hannah (2004), *Orígenes del totalitarismo*, Taurus, Madrid.
- Armiño, Mauro (2005), *Julián Benda y las doctrinas perentorias*, El Siglo, Madrid.
- Benda, Julián (1980), *The treason of the intellectuals (La traición de los intelectuales)*, trad. ing. de Richard Aldington, Norton, Londres.
- Bobbio, Norberto (1992), *El futuro de la democracia*, Fondo de Cultura Económica, Bogotá.
- Del Águila, Rafael (1997), "La democracia", *Manual de Ciencia Política*, del Águila, Rafael (editor), Trotta, Madrid.
- DRAE, (1984), *Real Academia Española*, "Diccionario de la lengua española, Espasa Calpe, Madrid.
- Oropeza González, Alejandro (2007), "Totalitarismo, contracultura y cultura de resistencia. Una revisión del pensamiento cultural de Hannah Arendt", *Anuario ININCO*, volumen 19, No. 1, Caracas.
- Said, Edward W. (2006), *Humanismo y crítica democrática*, Random House Mondadori, Caracas.
- (2005), *Reflexiones sobre el exilio. Ensayos literarios y culturales*, Random House Mondadori, Caracas.
- (1996), *Representaciones del intelectual*, Paidós Studio, Barcelona.